

Los Suárez de Figueroa, de Feria y Zafra

Difícil es sintetizar en un artículo la historia de una familia como esta de los Figueroa, aunque nos ciñamos tan sólo a la rama de los señores, luego Condes y Duques de Feria, señores de Zafra, Villalba, La Parra, Salvatierra, La Oliva y El Rincón. Entre los Suárez de Figueroa hay de todo y bueno. Desde guerreros, poetas, consejeros de los Reyes, diplomáticos, obispos, a capitanes en Indias, dramaturgos, historiadores, artistas.

Nos fijaremos aquí sólo en las figuras señeras, pues para detalle sobre "segundones" existe amplia información en mi obra *Estudio histórico sobre algunas familias españolas*. Los Suárez de Figueroa, de la casa de Feria, arriban a Extremadura en la segunda mitad del siglo xiv. Un siglo antes los Figueroa estuvieron en la conquista de Cáceres, fundando casa en la noble villa y hoy ciudad. Pero la rama badajocena, la de los señores de Feria y Zafra, tiene su tronco en el Gran Maestre de la Orden de Santiago, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, gallego de nación, de la Torre de Figueroa, en Abegondo, cerca de Betanzos, torre más que milenaria, solar de una de las familias españolas más prolíficas y hazañosas. El padre del Maestre, Gómez Suárez de Figueroa, era ya segundón de la casa y por eso salió a probar fortuna con notorio éxito en la Milicia del Señor Santiago, en la que llegó a Comendador Mayor de León, provincia de la Orden, que tenía su sede en Llerena. Gómez Suárez de Figueroa estuvo en 1340 en la victoria del Salado y murió en en los Campos de Arabiana, junto al Moncayo, el año 1359, peleando contra el bastardo D. Enrique, aliado con Aragón en las guerras contra su hermano el Rey Pedro I el Cruel. Gómez Suárez de Figueroa había casado con Teresa López de Córdoba, que

yace enterrada en San Llorente, de Ecija. Hijo primogénito de esta coyunda resultó nuestro D. Lorenzo Suárez de Figueroa, que heredó la Torre de Montuerque de su madre, nacido que fue en el solar gallego en 1344. En mi aludida obra publiqué una biografía inédita hasta entonces del buen Maestre D. Lorenzo Suárez de Figueroa. Se debe a la pluma de los Comendadores de Santiago, Pedro de Orozco y Juan de la Parra, y fue redactada en 1488 por orden del último Maestre de la Orden, D. Alonso de Cárdenas. Los autores no pudieron conocer a D. Lorenzo, pero sí a gentes que le trataron y a sus hijos y nietos. Por ello la biografía tiene el acierto de ponernos en pie al buen Maestre Figueroa. Actualizado el estilo lo menos posible, pero sí lo suficiente para que sea claramente inteligible, dicen así los Comendadores:

“Al Maestre Don García Fernández sucedió el buen Maestre Don Lorenzo Suárez de Figueroa por canónica elección de los Trece. Llámase bueno en la Orden por los muchos bienes y acrescentamientos que en su tiempo obró e fizo en ella e por la mucha bondad que en él hubo, de que siempre usó hasta su fallecimiento. Fue hombre de noble generación, natural del Reino de Galicia, de la Casa e solar de Figueroa. Fijo y criado de la Orden desde su niñez, por sus grandes virtudes, habilidad y merescimientos fue admitido al hábito e sirviendo a su Orden hubo en ella la Encomienda de Lobón, de la cual fue trasladado a la de Mérida, y della a la Encomienda Mayor de León, y después, creciendo más sus virtudes con la edad, hubo la dignidad maestral, como dicho habemos por fallecimiento del dicho Maestre Don Garci Fernández, en la cual presidió pacíficamente por tiempo de 23 años e nueve meses todos bien gastados en servicio de Dios e de su Rey e de su Orden como buen caballero e religioso. En su tiempo de este buen Maestre hubo grandes Guerras entre Castilla e Portugal, en las cuales el Conde Alvar Núñez de Portugal fizo algunas entradas por estas partes de las Extremaduras, donde más el dicho Maestre Don Lorenzo Suárez continuaba estar e tenía su frontera con los caballeros de su Orden en defensión de la tierra e resistencia de los daños que el dicho Conde facía, y por ello (Don Lorenzo) entró por el dicho reino de Portugal con sus

gentes talando e dañando a los contrarios todo cuanto podía en servicio de su Rey e de la Corona Real de sus reinos, como en la Crónica de España más largamente dello se face mención A las cuales causas el señor Rey Don Enrique el Viejo, a quien servía (se refiere a Enrique III el Doliente, que reinó de 1390 a 1406), le fizo merced de la ciudad de Ecija, que después le dexó e tornó a su Corona Real e dióle las villas de Feria e Zafra e la Parra que él dexó por mayorazgo con otros lugares e heredamientos que después compró e hubo. En su tiempo de este buen maestre la Orden estuvo muy sosegada e en paz e fue por él muy bien regida y administrada en lo espiritual e temporal, y siempre la reformó en mejor estado e la mantuvo en mucha justicia e igualdad de los súbditos, de los cuales fue mucho amado e temido porque sabía remunerar los servicios e pugnir e castigar los yerros. Fue hombre de buen seso natural, gran negociador en la paz y en la Guerra, mucho grangero e allegador de hacienda, así en sus rentas que por su industria fueron mucho acrescentadas en sus tiempos, como por mercedes e donos que, procuraba y había del Rey. Y por crías de ganados de que tenía grandes cabañas que todos los que había de los diezmos de la Orden, mandaba criar e acrescentar como al principio de la fundación della lo acostumbraban facer los otros Maestres sus antepasados. Especialmente tenía gran cabaña de yeguas de que se criaban muchos buenos caballos que daba a los caballeros de la Orden y criados suyos con que le servían. Fizo en la dicha Orden muchas y buenas leyes y establecimientos que hoy dia duran y permanecen en ella por donde se rige e gobierna en lo espiritual y temporal, y de él tomaron ejemplo los otros señores Maestres que le sucedieron en facer y acrescentar mas leyes y establecimientos los que han sido y son necesarios.

Que los antepasados no habían en esto entendido que por sola la regla y algunos pocos y breves establecimientos que había, mas espirituales que temporales se regía y administraba la Orden y Caballería de ella. Y este buen Maestre dio comienzo a que de su tiempo adelante fuese regida y administrada por leyes y razón así quanto a las personas de los freyles como los pueblos y todos los otros súbditos suyos de que muy gran

honra y provecho se ha seguido y sigue a todo el estado de la dicha Orden. De su condición natural fue muy gran edificador que nunca en cuanto vivió cesó de labrar y edificar muy grandes y magníficas obras de grandes edificios y muy provechosos en que fizo grandes gastos e costas; especialmente labró mucho en la fortaleza de Montiel y en la Torre principal de ella. Y en la de Montizón. Y fizo la Torre de Ocaña y las casas principales de aposentamiento de la dicha villa y fizo de nuevo la Casa de Aranjuez y la fortaleza de Alhambra y reparó muchas fortalezas de la frontera del reino de Murcia, y acrescentó mucho en la fortaleza y convento de Uclés y en las Torres y adarves de ella y fizo el Monasterio de Santiago de la España de Sevilla, donde se mandó sepultar y la casa y almacén que la dicha Orden tiene en la dicha ciudad junto al dicho monasterio que compró para ella, y labró e hizo de nuevo la Torre de Estepa y las casas y bastimentos de Llerena y de Guadalcanal y de la Fuente del Maestre y las de la dicha villa de Ocaña y del Corral de Almaguer y de Villarrubia y de Santa Cruz y otras casas y bastimentos de otros muchos lugares que hoy día parescen y otras que están caídas y perdidas del tiempo que la dicha Orden en las administraciones y Guerras pasadas de los señores Infante Don Enrique y Maestre Don Alvaro de Luna. Asimismo mandó facer gran parte de las cercas y torres y adarves de Xerez cerca de Badajoz y de la Fuente del Maestre de cal y piedra que halló caídas y mal tratadas. Y apenas quedó lugar principal en la Orden en que no labrase poco o mucho y todas esas obras y edificios que el fizo o en las mas dellos parescen hoy día los escudos de sus armas que en memoria de los haber el mandado facer y reparar fueron puestos por las dichas torres y adarves y edificios. Y mandó reparar y reedificar en la dicha Orden muchas iglesias y las capillas de ella en las cuales dio y puso muchos buenos ornamentos con que ser servían. Y en algunas de ellas fueron puestas por su mandado algunas imágenes de alabastro que hoy día parescen. Tanto fue el estudio y cuidado que en esto tuvo, que en sus tiempos de este buen Maestre recibió la Orden mas beneficios y acrescentamientos en sus iglesias y fortalezas y villas y edificios y casas que en todos los otros pasados desde su fundación que es cierto él solo

haber mas labrado y reparado en ella que todos los antecesores suyos y los que después de él sucedieron en la dignidad maestral hasta el tiempo presente. Y en cuanto administró la dicha Orden, siguió mucho las cosas de ella por Vía de orden según su regla, especialmente en las vacantes de las encomiendas, que siempre las daba a personas hábiles o del hábito por ancianías (antigüedad) e mejorando los caballeros de ella según los merecimientos de cada uno, de tal manera que en cada vacante hacía tres y cuatro y cinco y mas provisiones de que no poco contentamiento daba a todos sus caballeros. Buen ejemplo a los dichos sucesores.

Fue hombre muy aficionado a sus parientes, especialmente a la nación de los gallegos, que muchos de ellos que vinieron a él y le sirvieron y acompañaron metió en la Orden y les dió en ella grandes encomiendas y rentas y a otros casó en buenos lugares en tal manera que muchos de ellos quedaron asentados en honra y haciendas en estas partes de las Extremaduras y en Sevilla y Córdoba y Ecija y Ocaña y en otros lugares del Reino, donde hoy día hay asaz memoria de sus linajes, que son los de Figueroa y Mosquera y Moscoso y Mexía y los Docampo y Villalobos y Tordoyas y otros muchos caballeros e fijosdalgo que vinieron de ellos. Este buen Maestre ganó de la Sede Apostólica la Bula que la dicha Orden tiene para que los caballeros de ella puedan testar hasta en la mitad de los bienes muebles que hubieren habido por intuita (por razón) de la Orden.

Todos estos bienes y reparos y acrescentamientos que hemos dicho hizo en la Orden este bueno e loable Maestre, zelando las cosas de ella como buen caballero y patrón y prelado de que no pequeño ejemplo queda a los que después de él vinieron y adelante vendrán al estado de Maestres. Solamente se la da cargo de haber sido el primer maestre propietario que hubo en la dicha Orden porque el hizo el Mayorazgo de las villas de Feria y Zafra y la Parra que ganó con el estado que Dios le dió en la Orden y las hubo por merced del dicho señor Rey Don Enrique (III) y los lugares de Oliva y Valencia y Villalba y Nogaes con otros muchos heredamientos que hubo por compra que de ellos hizo así en la dicha ciudad de Ecija, como en Badajoz y en otros lugares y partes de estos reinos, en que labró

asimismo las casas y fortalezas de Villalba y Oliva y la Torre de Monturque, que son asaz notables edificios. Y como de antes los Maestres y Freyles vivían en comunidad, según la dicha su regla, todo lo que ganaban de los moros y por mercedes de los reyes y por donaciones de otras algunas personas, dejaban y daban a la misma Orden. Este buen Maestre fue causa que dende en adelante los que le subcedieron procurasen de facer mayorazgo y casas y los dejar a sus fijos y herederos, en que no poco va contra sus conciencias por la transgresión que han fecho y facen de su Regla especialmente metiendo en los tales mayorazgos y casas lo que han habido y han de las rentas propias de la dicha Orden que no podían ni debían gastar en profanos usos, salvo en la misma orden y en su pro y acrescentamiento, según derecho y según disposición de la dicha Orden, su regla y privilegios.

Este buen Maestre casó dos veces y hubo un hijo varón llamado Gómez Suárez de Figueroa, que fue Mayordomo Mayor de la señora Reina Doña Catalina de Lancaster, quien dejó el dicho mayorazgo. Y hubo asaz hijas legítimas, las cuales casó muy bien con algunos fijos de Grandes de estos Reinos, que por su gran valor e virtudes y merecimientos todos hubieron por bien de se adeudar (emparentar) con él..... con los cuales casamientos trabó todos los mas linajes de los Grandes del Reyno en que mucho acrescentó y autorizó su persona y casa y estado. Fue hombre que de todas las cosas de la orden y de las villas y lugares y heredamientos que hubo y dejó en el dicho su mayorazgo procuró siempre con mucha diligencia de haber grandes saneamientos de escrituras muy bien ordenadas con consejo de letrados, las cuales tenía en gran guarda y recaudo. Las de la Orden en el dicho Convento de Uclés y las del su patrimonio en la dicha casa de Villalbá. Decía que para defender la tierra tanto era menester las escrituras como las armas. Tenía la dicha su orden y tierras muy conocida limitada y amojonada con todos sus comarcanos, y no daba lugar que le entrasen ni dañasen por ella los vecinos extraños. Fue muy rico y abundado de todos bienes de fortuna. Su casa y cámara fue siempre llena y abastada de mucho dinero y plata y grandes joyas y paños y sedas y granas y tapicería y caballos y armas y tiendas y gana-

dos de que partía muy bien con sus fijos y deudos y criados y con los caballeros y en los otros lugares que lo debía dar y gastar y como su persona y estado lo requerían. Tenía en su Cámara muchos y buenos libros y Crónicas en que leía y pasaba tiempo algunas veces. Era gran montero y usaba mucho el campo de día y de noche. Tenía siempre muchos monteros y canes y continuaba tanto el montar que se le convertía en naturaleza y parecía tenerlo ya más por oficio que por vicio. Era hombre grande de cuerpo, algo robusto y recio y bien complisionado, gran trabajador en todas las cosas que había de hacer, nunca estaba ocioso ni posponía lo de hoy para mañana. Y todo siempre ocupaba el tiempo en hacer alguna cosa de que todos los suyos tomaban gran ejemplo y doctrina, y siguiendo por estas pisadas llegando a edad de (65) años finó Maestre en Alhambra según de ello face mención en el dicho Calendario de la Orden, Sábado 18 días de Mayo de 1409, y de allí fue llevado su cuerpo al dicho su monasterio de Santiago del espada de la ciudad de Sevilla, donde se mandó enterrar y hoy está y permanece en la capilla mayor.”

Y así acaba la relación de los eruditos Comendadores Parra y Orozco. De su actuación política en los reinados de Juan I y Enrique III y en la minoridad de Juan II no hablamos por razón de espacio, y por haber sido insinuada en la vívida biografía inédita que nos brindaron Parra y Orozco (1). Baste decir que se las tuvo tiasas con los portugueses cuando éstos entraron en Extremadura, logrando ocupar por sorpresa Badajoz en 1396. Se burla de su enemigo portugués, el Condestable Pereyra, entra en Portugal, se lleva todo el ganado que puede, y cuando su enemigo le persigue le “torea” y no le ofrece lucha abierta, con lo que aburrido el portugués cruza la frontera de vuelta a su tierra. El Maestre conquistó al moro, Teba, Pruna, Ortegícar,

(1) Esta biografía se conserva manuscrita en la Colección Salazar y Castro, de la Real Academia de la Historia, letra I, número 2, y fue compuesta como un capítulo de la historia de la Orden de Santiago, encargada por el último Maestre, D. Alonso de Cárdenas, a Pedro de Orozco, Comendador de Villahermosa, y a Juan de la Parra, Comendador de Bienvenida. Debo el dato al excelentísimo señor Marqués de Siete Iglesias,

Setenil, y fue Gobernador del Reino durante la minoridad de Enrique III, quien el 28 de Febrero de 1389 le hace Primer señor de Feria.

Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones y semblanzas*, nos dice que "fue alto de cuerpo, grueso y bien apersonado; muy callado y de pocas palabras, pero de buen seso y buen entendimiento, de gran regimiento y regla en su casa y hacienda y, por esto de algunos era habido por escaso y codicioso, pero aquello que él daba era en tal manera, que la forma suplía el defecto de la materia, porque era luego dado y en dineros contados y muy secretamente: que son abtos que honran y afeitan mucho los dones y los hacen mas graciosos ca, con tales maneras, el que lo recibe no toma trabajo y el que lo da muestra no querer vanagloria... En las guerras era diligente y de buena ordenanza... guiábase mucho por astrólogos".

En la torre del homenaje del Alcázar de Estepa hay un letrero que dice: "Esta Torre mandó fazer Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de Santiago i quien quisiere saber lo que costó, faga otra como ella y saberlo ha" (2).

El Maestre yace en Santiago de la Espada, de Sevilla, que es la iglesia de la actual Universidad Hispalense. Su estatua yacente, muy deteriorada por el paso del tiempo y sobre todo de la francesada, se conserva aún.

No hablaremos de todos los hijos del Maestre, de los cuales trato con detalle en mi obra *Estudio histórico sobre algunas familias españolas*, y sólo del mayorazgo, D. Gómez Suárez de Figueroa y Mesía, señor de Feria y Zafra. Don Gómez fue Alcaide de Badajoz y de Villanueva de Barcarrota, Capitán General de la Frontera de Andalucía, primer ricohombre y Consejero de Juan II, Mayordomo Mayor de la Reina Doña Catalina de Lancaster, y se halló en la guerra de Portugal y en el cerco de Antequera, año de 1410, con el Infante D. Fernando, después Rey de Aragón. Conquistó con sus mesnadas Cañete y Priego.

Estuvo casado con doña Elvira Lasso de Mendoza, señora de la Vega de Doña Limpia, hermana del primer Marqués de San-

(2) Tomado del *Memorial de los Marqueses de Estepa*, de Juan Baños de Velasco, siglo XVII. Madrid, Francisco Sanz, año 1679. Signatura de la Biblioteca Nacional 3/72456.

tillana, el inspirado poeta de las *Serranillas*, falleciendo en 1429.

Mejóro notablemente el convento de Santa Clara del Valle, de Zafra, tan entrañablemente vinculado a su casa. Por el testamento de su mujer, otorgado en 1430, sabemos que ésta manda unos paños funerales para la tumba del Maestre D. Lorenzo, en Llerena. Por lo visto, en principio el Maestre D. Lorenzo Suárez de Figueroa fue enterrado en Llerena, siendo trasladado posteriormente a Sevilla.

Once hijos tuvo el señor de Feria D. Gómez, pero aquí, por no repetir cosas conocidas, haremos sólo mención del mayorazgo "Lorenzo el Magnífico", de Pedro Suárez de Figueroa, señor de los Arcos y Bótoa por su mujer, doña Blanca de Sotomayor y de Garcilaso de la Vega, Comendador de Montizón, que tomó este apellido por su abuela materna, Leonor Lasso de la Vega, mujer del Almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, ambos padres de doña Elvira Lasso de Mendoza. Garcilaso nació en 1422 en Zafra y murió escaramuzando en la Hoya de Baza, año de 1455. Una flecha venenosa le atravesó la garganta, y el siniestro monarca Enrique IV, al tener noticia de la infausta nueva, exclama con alegre semblante: "Vamos a ver la fuerza de la ponzoña, que me dicen le produce horribles gesticulaciones" y allí estuvo contemplando con alegres ojos aquella agonía semejante a la rabia.

Pedro Suárez de Figueroa, hermano de los anteriores, y por ello del primer Conde de Feria, fue señor de Cañaveral y Santurde, Doncel del Rey D. Juan II, Embajador del Rey Enrique IV, que vivía en 1482, pues en 23 de Mayo de dicho año los Reyes Católicos ordenan que se le paguen los 20.000 maravedís de juro que tenía sobre las yerbas de Arcos, Bótoa y Rincón de Ballesteros (3). Pedro Suárez había testado en 1474.

Parece ser que Pedro Suárez de Figueroa ejerció durante algún tiempo la alcaidía del castillo de Valmaseda, en Vizcaya,

(3) Instituto Valencia de Don Juan, L. 20-4. Documento original, Toledo, 23 de Mayo de 1482. Real Provisión de los Reyes Católicos a los Contadores Mayores, menores y fieles cogedores de las alcabalas de las yerbas de Arcos, Bótoa y Rincón de Ballesteros, para que paguen a Pero Suárez de Figueroa los 20.000 maravedís de juro que tiene sobre dichas yerbas. Hoja de papel 224 por 302. Sello de placa.

ejerciendo en 1477 este cargo, como nos dice en su *Historia de Valmaseda* D. Martín de los Heros. Dejó Figueroa algún que otro bastardo, pues un siglo después, en 1560, es pregonero de la villa de Valmaseda un Pedro de Figueroa, que aparte de vocear los bandos blasonaba de su noble apellido, pese a su humilde condición.

Casó Pedro Suárez de Figueroa con Blanca de Sotomayor, señora de los Arcos y Bótova, hoy Bótoa, de la que tuvo, entre otros, al Embajador, del que hablaremos más adelante, y a Garcilaso de la Vega, del que descienden los Condes de los Arcos y padre del poeta Garcilaso, y a Gómez Suárez de Figueroa, señor de Torre del Aguila, con ilustre descendencia en Badajoz. El Embajador D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Mendoza es bien conocido de los badajoceros, ya que dejó muestras indelebiles de su buen gusto artístico en la Catedral de Badajoz, primero en la capilla de la Encarnación, fundada por él en 1501, donde en el siglo XVIII se instala un retablo con el relieve de alabastro de la Virgen y el Niño, que puede admirarse en nuestros días. Esta obra de arte fue enviada desde Italia por el referido D. Lorenzo. El relieve es de la escuela florentina y se debe a Desiderio Settignano, y en el claustro encontramos la laude sepulcral de D. Lorenzo, digno sobrino de su tío el "Magnífico". Entre 1494 y 1506, Lorenzo estuvo como Embajador en Venecia y Roma, falleciendo en Venecia el 2 de Mayo de 1506. La originalidad del monumento estriba en que en la laude sepulcral no aparece ni orante ni yacente, sino vivo, en pie, luciendo con airoso porte las ricas galas de la época. Aunque archiconocida, es tan hermosa la redacción del epitafio que no podemos resistir la tentación de transcribirla una vez más: "Sepulcro de Lorenzo Suárez de Figueroa y Mendoza, con Doña Isabel de Aguilar su mujer: este en la juventus hizo según la edad, y en las armas usó como convenía: fue hecho después del Consejo de sus Altezas y enviado Embajador diversas veces: asi confirmó el exercicio con los años y dexa para después esta memoria: lo que del mas sucediere digalo su sucesor."

Lorenzo encargó en vida el mausoleo, que fue removido de su capilla; pero ni él ni su esposa reposaron bajo este bronce. hoy en vertical posición para que no lo pisen las gentes. El marido murió, como hemos dicho, en Italia su ventura;

ella fue enterrada en el Monasterio de Santa Ana. Doña Isabel, que no se movió de las tierras extremeñas esperando el regreso de Lorenzo, refleja su amargura en esta cláusula testamentaria de 1519: "Dentro de la capilla que yo estuviere no se entierre otra persona sino la mía, pues es justo que quien tan sola fue en la vida no tenga compañía en la muerte." Razón tenía la pobre D.^a Isabel de Aguilar, pues además de dejarla abandonada, no tuvo hijos con ella, pero sí en su bella amante, Isabel Enríquez; una hembra, doña Leonor de la Vega, fundadora y abadesa del convento de Santa Ana, de Badajoz, fallecida en 1558, y Gonzalo Ruiz de Figueroa, también llamado Gonzalo Ruiz de la Vega, Comendador de Lobón en la Orden de Santiago, que heredó el gusto artístico de su padre y es autor de una inspirada composición poética de tema mitológico sobre el Juicio de Paris. De este Comendador de Lobón descienden los señores de Orellana, los de los Leales y los Figueroa de Fregenal y Burguillos, siguiendo a D. Alejandro de Silva Barreto en su nobiliario manuscrito (R. A. de la Historia, Mss 9/1908).

Gonzalo, al igual que su padre, fue Embajador en Venecia, Maestresala de los Reyes Católicos y hombre elegante, pues no en vano aprendió mucho en la fastuosa Corte de Alejandro IV, el Papa Borgia, donde su padre representaba a España.

Volvamos a la línea primogénita en Lorenzo Suárez de Figueroa y Mendoza, tío y homónimo del elegante diplomático badajoceño, llamado con feliz epíteto del extinto Conde de Canilleros "Lorenzo el Magnífico", cuya obra cumbre es Zafra, como testimonian inscripciones como estas:

"Esta villa suya mandó cercar el noble caballero Lorenzo Suárez de Figueroa" (en las murallas, año 1442). "Se comenzó este alcázar por mandato del noble caballero Lorenzo Suárez de Figueroa" (año 1437); otra de 1443 insiste: "Este alcázar que mandó facer el noble caballero Lorenzo de Figueroa." El Alcázar, palacio fortificado, es la más importante de tales construcciones en Extremadura. De planta cuadrada, con torres cilíndricas o semicilíndricas en los ángulos, en los lienzos y flanqueando la puerta; con el almenaje de cuerpos prismáticos cuadrangulares, coronados por pirámides y con su enorme torre redonda del homenaje, compone un extraordinario

conjunto señorial y guerrero. Aún hoy tiene empaque monumental, pese a la arquería adicionada, a la reforma de diversos detalles, tales como la puerta, y a la pérdida de un primer recinto, que debió de unirle con la muralla de la ciudad.

En el interior se abre un suntuoso patio con claustro, de gran belleza y magnífica traza, que se supone construido en el siglo XVI por el arquitecto de El Escorial, Juan de Herrera. Todo él es de mármol blanco, finamente labrado, así como la fuente del centro, que vierte sobre un pilón poligonal los surtidores que brotan de un remate esférico.

La escalera principal arranca de un ángulo del claustro, habiendo otras secundarias más al interior, en la cual vemos una de las lápidas referidas y los escudos de los Figueroa y los Manuel de Villena. Cámaras, salones y dependencias ofrecen a nuestra contemplación su grandeza suntuosa, que aún mantienen la monumental chimenea y el rico artesanado. Rincones auténticamente deslumbrantes son las estancias de la planta baja, que recuerdan las de los alcázares sevillanos; la capilla, maravilloso conjunto decorativo, con cúpula gótico-mudéjar, capaz por sí sola de glorificar el recuerdo de Lorenzo "El Magnífico", y la sala dorada, con riquísimo artesanado, en la que los adornos alternan con los motivos heráldicos de los Figueroa. Fue este Alcázar la digna y próspera morada de condes y duques, que aquí recibieron como huéspedes al Cardenal Mendoza, al Marqués de Santillana, a D Juan de Austria... Hoy el edificio ha sido dignamente restaurado, acondicionándolo para Parador de Turismo, lo cual nos parece bien, todo menos el absurdo nombre que le han puesto al Parador: "Hernán Cortés". El fabuloso D. Hernando Cortés de Monroy Pizarro Altamirano no tenía ni una gota de sangre de los Suárez de Figueroa, como muy bien se ve en el excelente libro de mi maestro Dalmiro de la Volgoma (4) *Linaje y descendencia de Hernán Cortés*: Su linaje, el de los Monroyes, brilla a la misma altura que el de Figueroa, pero jamás estuvo asentado en Zafra, sino en Plasencia, Trujillo, Belvis, Monroy, Jerez de los Caballeros y Medellín.

(4) Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951.

La impronta arquitectónica de los Suárez de Figueroa en Zafra es de todos conocida y bástenos aquí recordar el convento de monjas de Santa Clara del Valle, el gran relicario de la casa de Feria. Lo fundaron en el año 1428 los padres de Lorenzo Suárez de Figueroa, primer Conde de Feria, D. Gómez Suárez de Figueroa y D.^a Elvira Lasso de Mendoza. Una hija de éstos, D.^a Isabel, fue su primera abadesa. En Santa Clara reposan los fundadores y con funeral estatua con manto sobre la armadura, luciendo afuligranado collar: "Aquí yace el magnífico señor Don Lorenzo Suárez de Figueroa, I Conde de Feria, Señor de la casa de Villalba, del Consejo del Rey nuestro señor. Falleció en esta villa de Zafra mediado agosto, año del Señor de mil y cuatrocientos y setenta y un años." Auténtico señor feudal, poderoso e independiente, murió cuando iba a iniciarse el reinado de los Reyes Católicos y el engrandecimiento del imperio español; cuando tipos como el suyo no cabrían ya en los nuevos conceptos de organización estatal. Junto a él, su esposa, D.^a María Manuel de Villena, de la progenie del gran Infante D. Juan Manuel, autor del *Conde Lucanor*. Su epitafio reza de aquesta guisa: "Post tenebras, spero lucem. Aquí está la magnífica señora doña María Manuel, Primera Condesa de Feria, que Dios haya. Falleció en esta villa de Zafra a dos de junio del año del Señor de mil y cuatrocientos..." No se lee el año exacto de su muerte, aunque debió de ser poco después de 29 de Julio de 1474, en que otorga testamento.

Conservan las monjas de Santa Clara vestiduras sagradas de gran riqueza y primor, como unos ternos con las armas bordadas en oro de los Figueroa y Manuel, que son una auténtica maravilla. Desde aquí invoco a quienes me lean para que no pierdan de vista estas piezas, que por su carácter mobiliario es posible que peligren. Hoy la Iglesia hace escandalosa almohada de sus tesoros artísticos, que en parte van al extranjero, privando a España de ellos. No hay que olvidar tampoco que muchas maravillas artísticas de Extremadura y de España toda son fundaciones de particulares para el mayor decoro del culto divino. "Ad maiorem gloriam Dei", pero también "Ad

maiores gentis gloriam". Esto es, para el pueblo, para la comunidad. El actual Papa ha repetido cuarenta veces que la Iglesia debe, tiene la obligación de conservar su patrimonio artístico. ¿En qué se puede gastar el dinero mejor que en el culto a Aquél a quien se debe "Omnis honor et gloria"? Hoy día en que el lujo está cada vez más generalizado, en que se compran cien mil objetos superfluos y aun nocivos, en que se viaja por placer más que nunca, que se despilfarra como es notorio, se quiere escatimar las honras debidas nada menos que al Señor de Señores y Rey de Reyes. Todo con el pretexto de lo "social". La Iglesia más social es la mejor Iglesia, como la literatura más social es la buena literatura..., aunque trate de ambientes suntuarios, como es el caso del señorito francés Marcel Proust. Y tras estas digresiones, volvamos al hilo de nuestros Figueroa.

El monarca Enrique IV, por carta firmada en Valladolid el 16 de Mayo de 1460, crea Conde de su villa de Feria a D. Lorenzo Suárez de Figueroa. El albalá con la creación se presenta en (5) "Zafra, villa del honorable señor Lorenzo Suárez de Figueroa, del Consejo del Rey nuestro Señor, veinte e dos días del mes de Junio del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil e quatrocientos e sesenta años, estando el dicho señor Lorenzo Suárez dentro en la iglesia del Monesterio de Santa María del Valle de la Orden de Santa Clara... y presente Rodrigo Mexía, vecino de la dicha villa, Vasallo del Rey, e dixo al dicho señor Lorenzo Suárez como el dicho señor Rey lo enviaba mucho saludar e había mandado que le diese un albalá suya en que su Alteza le faría merced del Título de Conde. El qual dicho albalá el dicho Rodrigo Mexía en mi presencia le dió. E el dicho señor Lorenzo Suárez lo rescibió de su mano e lo besó e puso encima de su cabeza con la mayor reverencia que podía e debía, e dixo que tenya en merced del dicho Señor Rey, el dicho albalá e título que Su Señoría le daba e que por ello besaba las manos a su

(5) Véase tomo III de mi obra *Estudio histórico sobre algunas familias españolas*, página 811 (Madrid 1967), y el documento original en el Archivo de la Casa de Medinaceli-Feria, Sevilla; Casa de Pílatos, dignamente dirigido por D. Joaquín González Moreno.

Alteza; e luego en continente dixo que pedía e pidió a my el escribano que leyese el dicho albalá..." (este dice en extracto) ..."Don Enrique por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahén, del Algarve, de Aljeciras, e señor de Vizcaya e de Molina, por facer bien e merced a Vos, Lorenzo Suárez de Figueroa, mi vasallo, acatando los muchos, buenos e leales servicios que aquellos de donde vos venides fizieron a los reyes de gloriosa memoria mis progenitores e vos a mi habedes fecho e fazedes de cada día e queriéndovos onrrar e sublimar e poner en mayor e porque de vos e de vuestra casa haya mas memoria, por la presente vos dó el Título de Conde e tengo por bien e es mi merced que de aquí adelante para siempre jamás vos podades llamar e llamedes DON LORENZO SUAREZ DE FIGUEROA, CONDE DE FERIA, e que este mesmo título de Conde aya e tenga el vuestro fijo mayor legítimo o aquel en quien el mayorazgo de la dicha Casa e bienes después de vos subcediere e lo heredare e oviere..."

Es curioso hacer constar que en el disparatado libro de Sarthou Carreres, *Castillos de España*, se afirma que Fernando III el Santo dio el Alcázar de Zafra al Duque de Feria, que lo poseyó hasta el siglo xv. Baste decir que Zafra no fue de los Suárez de Figueroa hasta el siglo xv y que Fernando el Santo es del siglo xiii. El título de Duque de Feria no se crea en el xv, sino bien entrado el siglo xvi por Felipe II al V Conde, don Gómez Suárez de Figueroa, en 1567. Para acabar de rematar su "faena", Sarthou añade que el castillo de Villalba se construye en 1440 por el I Duque y V Conde de Feria. El dicho V Conde y I Duque nace ochenta años después de esa fecha. Hijo y heredero de D. Lorenzo Suárez de Figueroa y de doña María Manuel, primeros Condes de Feria, fue D. Gómez Suárez de Figueroa y Manuel, II Conde de Feria, quien tuvo otros muchos hermanos de los que trato con detalle en mi aludida obra *Estudio histórico...* Don Gómez, II Conde de Feria, fue Capitán General de la Frontera de Extremadura y Alcaide de Badajoz. Tuvo fama entre sus contemporáneos de ser el hombre de más autoridad y virtud de su tiempo. Fue Gobernador de Castilla y León y sirvió con sus mesnadas a los Reyes Católicos en

Portugal y Granada. Alhajó espléndidamente su alcázar de Zafra. Testó en Zafra el 19 de Agosto de 1505, falleciendo cinco días después. De su segundo matrimonio, celebrado en 1491 con doña María de Toledo, hija del I Duque de Alba, tuvo varios hijos, de los que destacaremos al mayorazgo Lorenzo Suárez de Figueroa y Toledo, y al segundón García de Toledo, que adoptó el apellido materno. Este último, ilustre zafrense, fue un dechado de caballero pacienzudo, pues Felipe II le encargó la no muy agradable tarea de velar por el Príncipe don Carlos, y fue Ayo y Mayordomo Mayor de aquel enrevesado y siniestro personaje. Formó parte de los Consejos de Estado y Guerra, y Felipe II, de quien era muy bien quisto, recompensó con cuantiosas mercedes su discreción, demostrada como mentor de D. Carlos y en otras muchas ocasiones.

Como ya adelantamos, el primogénito de la coyunda de don Gómez Suárez de Figueroa, II Conde de Feria, con doña María de Toledo, a quien en Zafra llamaban "La Zamarrona", por llevar siempre puesto un zamarro, fue D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Toledo, III Conde de Feria, gentihombre del César Carlos, Gobernador de Valladolid y del Consejo Imperial. Casó en 1518 D. Lorenzo con la más rica heredera de Andalucía, doña Catalina Fernández de Córdoba y Enríquez, II Marquesa de Priego. En las capitulaciones matrimoniales, el III Conde de Feria y la II Marquesa de Priego convinieron en que el hijo mayor de tal enlace heredara el estado de Priego, con obligación de anteponer el apellido materno y ostentar, pues, el de Fernández de Córdoba-Figueroa.

Hijos de D. Lorenzo, III Conde de Feria y de doña Catalina, fueron: a), D. Pedro, que sigue; b), D. Gómez, que seguirá; c), D. Alfonso, I Marqués de Villafranca, y d), D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdoba, Obispo de Sigüenza, del que dijo fray Juan de Araya: "La fe sacóle del mundo y de sus peligros, vistióle de las armas de luz, con que muchos caballeros han peleado contra los vanos aplausos de este mundo, estimando más la pobreza de la Religión que sus grandezas, por parar todas en dolores, tristezas y miserias, y al fin en un sepulcro."

Don Pedro Fernández de Córdoba-Figueroa fue IV Conde

de Feria a la muerte de su padre, y aún estando llamado a suceder en las casas de Priego y Aguilar en virtud de las capitulaciones matrimoniales de sus padres, murió antes que su madre, el año de 1552, y de su matrimonio, celebrado en 1541 con doña Ana Ponce de León, dejó a D. Lorenzo Suárez de Figueroa, que murió niño, y a doña Catalina que fue Marquesa de Priego y que estuvo destinada a casar con su tío carnal don Gómez Suárez de Figueroa, quien prendado locamente de la bella inglesa Jane Dormer, prefirió el amor a la más rica heredera del Andalucía. Entonces la desdeñada casó con su otro tío carnal, Alfonso Fernández de Córdoba Figueroa, I Marqués de Villafranca, y de coyunda tal descienden los actuales Duques de Feria, de apellido Fernández de Córdoba, si bien su varonía y verdadero apellido es el de Figueroa. Por entronque adquirieron el Ducado de Medinaceli y por este título son conocidos modernamente, desligándose de Extremadura.

Merece la pena que hablemos un poco de doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria por su matrimonio (6). Doña Ana, muerta en olor de santidad, fue llamada "La Enamorada del Santísimo Sacramento", y había nacido en Marchena en 1527, falleciendo en el convento de Santa Clara, de Montilla, el 26 de Abril de 1601. Cuando muere la Condesa de Feria los padres de la Compañía de Jesús se apresuraron a utilizar, para fines de edificación, su ejemplar vida. Doña Ana ingresó en el claustro una vez viuda, arrastrada por el Apóstol de Andalucía, el venerable Juan de Avila. El jesuita padre Martín de Roa publica en 1603 la vida de la Condesa, de la que dice: "Verán en sus primeros años una purísima doncella; después una diligente y concertada madre de familia, una honestísima

(6) Véase: Pedro Lira Urquieta, *Sobre Quevedo y otros clásicos*, Ediciones Cultura Hispánica, año 1958, págs. 17 y siguientes. También: Alfonso de Figueroa y Melgar, Duque de Tovar: *Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria*, REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, Badajoz, 1971. Y sobre todo el clásico *Vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, y después monja en el Monasterio de Santa Clara, de Montilla*, por el padre Martín de Roa, de la Compañía de Jesús. A don Pedro Fernández de Córdoba, Marqués de Priego, etcétera. En Córdoba, en casa de la viuda de Andrés Barrera, año 1604. Lira cita otra de 1603 que yo desconozco.

viuda, y, últimamente, una muy observante y cabal religiosa. Pasó por todos estos grados como si en cada uno de ellos hubiera de quedarse; ejercitó todos estos oficios, como si para cada uno de ellos hubiera solo nacido; y vivió en todos como si en cualquiera de ellos hubiera de morir. Aviso para los inconstantes, que no durando en cosas, todas las acaban en sus principios; y proponiéndose por instantes nuevas empresas, empeoran siempre en lo presente, con la vana persuasión de mejorarse en lo futuro. Truecan, mas ciegos que el otro, el oro del tiempo que gozan por el hierro del que esperan y hacen cuerpo de hacienda, no de lo que hacen sino de lo que piensan hacer como si esperanzas fuesen posesiones, verdades los antojos y las codicias riquezas."

Doña Ana, hija de los Duques de Arcos, pronto huérfana, se crió con sus tíos los Condes de Ureña, que vivían en la villa de Arahal. A los doce años conocía muy bien la lengua latina y las letras divinas y humanas. Era mansa, serena, sosegada. Con los pobres caritativa. Del Santísimo Sacramento muy devota, ella hubiera preferido ser monja desde un principio, pero puesto que sus tíos lo deseaban, y el matrimonio servía también para santificarse, accedió a él. Era capellán de los Condes en Montilla, Zafra y Constantina, donde residían, el venerable Juan de Avila. Al tener su primer hijo, Lorenzo, tuvo la revelación de que Dios se lo llevaría pronto, como sucedió. Contando con el apoyo de su marido, perfecto caballero cristiano, se dio por entero a la práctica de la oración y de las virtudes.

Durante la larga y penosa enfermedad del Conde, que duró tres años, no se separó de él ni de día ni de noche, siendo la más solícita de las enfermeras. Fue también su consuelo en el duro trance de la muerte, animándole a morir tranquilo con palabras tan firmes, veraces y hermosas, que conmueven a quien las lee. ¡Qué tiempos aquéllos! Una hermosa y joven señora da alientos para morir a un esforzado caballero español que ha acompañado al César Carlos V en sus campañas de Francia, Italia y Alemania. Escuchemos sus consejos: "Soldado sois y hecho a las armas, y con ellas al tributo de la paciencia en el rigor del hielo y en el ardor del estío, sin buscar

regalos ni perdonar trabajo. No os acobarde en vuestra casa el temor de aquello cuyo desprecio os hizo ser temido de vuestros enemigos en la campaña. Pues ni aquí es la muerte más poderosa ni allí menos terrible. Los que en ociosidad y deleite han vivido afrentosamente, forzados de la necesidad, con deshonra mueren y sin premio: mas vos, señor, que en tan honrosos ejercicios habéis empleado lo mejor de vuestra vida, haced el resto de ella agradable sacrificio a Dios, que sabrá premiarlo." Y agregaba: "Poned los ojos en el puerto, a que os acercáis, de la bienaventuranza, y cuando los pensamientos y congojas de la muerte, como olas de mar inquieto, más combatieren a vuestra alma, no desmayéis, pues no es tempestad la que os echa a la orilla ni muerte la que os lleva a la vida."

Tan sabias razones y dichas con tanta ternura y suavidad hicieron mucha impresión en el ánimo del Conde, que resignado a morir declaró al venerable Avila que ninguna persona había dado tanto consuelo a su alma como doña Ana. Murió como cumplía a un cristiano caballero. Estaba en su oratorio la Condesa cuando, sintiendo el llanto de la Marquesa de Priego, madre de D. Pedro, comprendió que éste había fallecido; aceleró el paso para entrar en su cámara, mas atajóla en el camino el padre maestro Avila, a quien preguntó cómo quedaba el Conde. Llevaba él en la mano un crucifijo con que le ayudó a bien morir, y alargándoselo, dijo: "Este es el conde de vuestra señoría, pues ya no tiene otro." "Esperará aquí alguno —escribe el padre Roa— algún romper el aire con gritos, rasgar las tocas, amancillar el rostro a golpes, desgrefiar los cabellos, abrir la boca a mil lástimas y cerrar las orejas a todo género de consuelo. Ademanos son éstos de vulgares ánimos que carecen de verdadero espíritu y sentimiento vivo de las cosas divinas; mas la Condesa, en quien el espíritu del Señor tanto reinaba, recibió el Cristo que le daba el Maestro en lugar del Conde, y, abrazada con El, se recogió a su tribuna. Y como cuando el mar está más alborotado y los navegantes más temerosos, el piloto está más quieto y sosegado rigiendo la nave con el gobernalle en la mano, así la Condesa, cuando toda la casa y los criados andaban llorosos y turbados, ella

estaba más sosegada, evocando a Dios, que era el gobernalle de su alma.”

La santa Condesa no dejó más que una hija a su muerte, pues el hijo varón falleció en la infancia. Por este motivo el Condado de Feria pasó al hermano segundo de su marido, don Gómez Suárez de Figueroa y Toledo, V Conde que fue de Feria y I Duque desde 1567 por merced del monarca Felipe II, ya que el Condado de Feria no podía pasar a hembras, por ser de rigurosa agnación y masculinidad. Don Gómez Suárez de Figueroa y Fernández de Córdoba nació segundón de su ilustre casa en Zafra el año de 1520, y al morir su hermano primogénito, D. Pedro, en 1552, sin sucesión varonil, heredó la casa de Feria. Así se constituyó D. Gómez desde entonces en V Conde de Feria, señor de las villas de Zafra, Salvatierra, Villalba, La Parra, La Oliva, etc. Fue Comendador de Segura de la Sierra en la Orden de Santiago, en la que había ingresado el año 1545. Fue uno de los nobles del cortejo que acompañara a Felipe II a Inglaterra en 1554. Más tarde firmó la abdicación del Emperador, y en 1555 es Gobernador de Milán, sucediendo a Gonzaga. Con motivo de su viaje a Inglaterra conoció a la que iba a ser su mujer, Jane Dormer, una de las damas de honor de María Tudor, de quien (Jane Dormer) nuestro Museo del Prado guarda un delicioso retrato debido al pincel de Tomás Moro. Jane Dormer, hija de Guillermo Dormer, señor de Ethroppe, y de María Sidney de Pens Hurto, trajo consigo a España a su amiga y prima Margarita Harington, constructora del convento de Santa Marina, de Zafra, en 1601. La inglesa doña Margarita “Arinton”, a la española, viuda de Benito de Zimeros testa en 1601 (7). En la iglesia de dicho convento, de severa portada de traza clásica, adosada al Alcázar, reposa en artístico enterramiento la referida dama. Su estatua orante, de mármol blanco, con rasgos de juvenil belleza en el rostro, y continente de gran señora, es una importante y anónima escultura, seguramente debida a un artífice italiano.

(7) Véase tomo I de mi obra *Estudio histórico sobre algunas familias españolas*, pág. 597. Madrid, Dawson and Fry, 1965.

William Dormer era también señor de Tamey y Senescal de Anfill, y su mujer, María Sidney, era prima de lord Dudley, el favorito de Isabel de Inglaterra. De esta forma se unía Feria a las familias más destacadas de Inglaterra. La madre de D. Gómez, doña Catalina Fernández de Córdoba, no vio con agrado aquel matrimonio. Preparaba para su hijo muy distinto enlace, con la única nieta que le quedaba, de nombre también Catalina —hija del primogénito Pedro—, por deseo de unir de nuevo las dos casas de Feria y Priego.

Todo se había ultimado ya en 1553, sólo la corta edad de la prometida —seis años— había impedido la consumación de la boda. A poco, D. Gómez, el más elegante caballero de la Corte española, fue designado para formar parte del cortejo de nobles que había de acompañar a Felipe II a Inglaterra. Allí conoció —repetimos— a lady Dormer. Las dieciséis primavera de Jane enamoraron a Figueroa desde que la vio por vez primera; con el trato, el amor se convirtió en loca pasión, correspondida no menos volcánicamente por la bella inglesa. La niña sobrina fue olvidada rápidamente por D. Gómez Suárez de Figueroa, que no estaba para casamientos de conveniencia, sino para el amor lisa y llanamente. Encontró para su deseo el apoyo de la Reina; no así el de su propia madre, que recibió con enojo el truncamiento de sus planes familiares. Doña Catalina Fernández de Córdoba temía además por la firmeza religiosa de su hijo; consultó sobre ello al padre Laínez, dando origen a un epistolario notable, por el que nos indica los sentimientos de la época. El padre Laínez procuró arrancar sus temores (8). Era la pugna entre esos dos tipos de católicos que da nuestra tierra: el que mira el catolicismo como un patrimonio exclusivo del pueblo español, y el que sabe darle su auténtico sentido de universalidad. El padre Laínez hubo de romper en este caso más de una lanza para defender la tesis de que una inglesa podía ser tan buena católica como una española. De lady Jane Dormer decía D. Alvaro de la Quadra, Obispo de Aquila, que la conocía bien por haber

(8) Véase la conferencia del padre Cereceda, *El Conde de Feria y su embajada en Londres el año 1558* (Curso 1947-1948 de la Escuela Diplomática, págs. 15 y ss.)

recibido hospitalidad en su casa durante más de seis meses: "Cierto es muy gentil señora y de muy santas costumbres."

Don Gómez Suárez de Figueroa dio muestras de ser un hombre caballeroso, desinteresado y altruista, aparte de varón de buen gusto. Su sobrina era riquísima, y la que fue su esposa, Jane Dormer, si bien de noble cuna, era pobre. Triunfó una vez más, ¡bendito sea Dios!, el amor sobre la conveniencia. Conveniencia tantas veces sólo aparente.

Para perfilar la personalidad del Conde de Feria son útiles las informaciones de los embajadores venecianos (9). De entre ellas la más interesante es la de Badoaro, que acompañó a la Corte católica desde 1552 a 1557. Su descripción del Conde de Feria nos lo representa, hacia 1555, como un hombre maduro, que rayaba en la cuarentena. Sufría de palpitaciones del corazón, por lo que había de dar la sensación de fatiga. Su atuendo personal era al estilo castellano, sencillo y sobrio; lo que no excluía una liberalidad de gran señor, que le llevó más de una vez a gastar buena parte de su hacienda en el servicio del Rey. Tan cumplido caballero no conocía la envidia y miraba sin recelo los favores concedidos por Felipe II a Ruy Gómez de Silva, de nobleza muy inferior a la suya. Muy bien quisto por el Rey, era a quien éste más apreciaba después del susodicho Ruy Gómez, hasta el punto de sustituirle en los Consejos durante las ausencias del Príncipe de Eboli. Su carácter, visto a través de los tres embajadores venecianos que le conocieron —Badoaro, Suriano y Tiépolo—, era afable y cordial. Badoaro expresa que era benigno y liberal, si bien, a veces, un tanto caprichoso y más tarde le considera apacible y dulce, comportándose discretamente y procurando dar satisfacción a todos cuando le tocaba representar al Rey. Suriano señala que Feria poseía la mayor gracia y cortesía. Despreciaba la intriga y era de gran inteligencia, comedido cortesano, pero no blando de carácter. A todas estas prendas unía una cualidad rarísima entonces en España: la de saber inglés.

(9) Véase: Manuel Fernández Alvarez, *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Jerónimo de Zurita, Madrid, 1951, págs. 22 y ss.

En 1558 se pierde Calais, el último baluarte inglés en el Continente, recuerdo de sus gestas de la Guerra de los Cien Años. A Felipe II, marido de la Reina María Tudor, se le echa la culpa de la pérdida de la plaza por no haber mandado desde Flandes fuerzas de socorro a la ciudad sitiada por el Duque de Guisa. El partido hispanófono encuentra en el desgraciado suceso nuevos motivos de inquina.

En estas difíciles circunstancias es enviado de Embajador en Inglaterra D. Gómez Suárez de Figueroa y Fernández de Córdoba. La primera misión que el Conde de Feria debía de cumplir era conseguir de los ingleses que aprestasen naves y tropas para cooperar a la reconquista de Calais, conjuntamente con las fuerzas de la monarquía católica. Feria llegó a Inglaterra el 26 de Enero de 1558, habiendo aplazado la entrada en Londres para no hacerlo al mismo tiempo que el emisario que llevaba la noticia de la caída de Guines, la última almena inglesa en el Continente. Pide hombres para reconquistar Calais y tras muchas dilaciones le prometen diez mil, y a los seis meses de forcejeos los rebajan a cinco mil. Trata de atraerse a la nobleza con dádivas. Es conocido en la historia diplomática de la época por "el oro español", que todo lo compra, hasta las conciencias. Pero aparte de la brecha abierta en la alianza hispano-inglesa por la pérdida de Calais, hay que añadir la esterilidad de la Reina María Tudor. Conseguir sucesión de su mujer fue uno de los móviles que impulsaron a Felipe II a realizar su segundo viaje a Inglaterra en 1557. Ella además sabía que para poder seguir con su política de sumisión a Roma era necesario un heredero. En Enero de 1558 la Reina se creyó embarazada, pero no tardó el Conde de Feria en comprobar la vana ilusión de María. Isabel, la bastarda, quedaba como heredera del trono, cosa que irritaba a la pobre Reina. Había que casarla con católico y aliado de la casa de Austria. Se piensa en el Duque de Saboya, pero Isabel da largas.

María Tudor, envuelta en la tristeza, muere el 17 de Noviembre de 1558. Durante su agonía, Feria, en nombre de Felipe II, la convence para que designe heredera a Isabel. El monarca español cree que "vendiéndole" este favor sacaría

después ventajas de la pérvida hija de Ana Bolena. Se equivocó lamentablemente, como nos cuenta la historia. Feria, muy sagaz, jamás se fió de la "Reina Virgen". Recién nombrada heredera Isabel le hace un desplante a Figueroa, diciéndole que su posición de futura Reina no se la debe al apoyo español, sino al pueblo inglés.

Muerta la Reina María Tudor, D. Gómez Suárez de Figueroa pasó de la categoría de representante del monarca consorte de Inglaterra a la de simple Embajador. Su "descenso" a Embajador no quitó importancia al resto de su actuación en Inglaterra; por el contrario, ésta creció en interés, porque fue entonces cuando la diplomacia española hizo sus máximos esfuerzos por sujetar a su alianza a la nueva Reina.

Difunta María Tudor, los protestantes más o menos encubiertos se quitan la careta. La misa de la coronación de la nueva Reina fue oficiada por un cura casado que omitió la elevación de la Sagrada Forma, mientras el sermón era predicado por uno de los más destacados protestantes.

Isabel decidió desde un principio apoyarse en el partido protestante. El campo en su mayoría era católico y las ciudades protestantes. Abundaban además los ateos y los sacrílegos, según testimonio de los diplomáticos de la época. El pueblo inglés de entonces era tan poco firme en sus creencias religiosas como para haber cambiado de religión tres veces en doce años (1547, 1553 y 1559). María Tudor quizá hubiera logrado más prometiendo asegurar los bienes expoliados a la Iglesia en sus nuevos propietarios, pero lejos de esto, amenazó con la devolución de los dichos bienes a la Iglesia. Y esto, por supuesto, sentó mal.

Se proyecta el matrimonio de Felipe II con Isabel de Inglaterra a instancias de Feria, que piensa que el asunto de la religión mejoraría si el consorte fuera un católico acendrado, y ¿quién más católico que el "Rey Prudente"? Isabel trata de ocultar sus miras al sagaz D. Gómez Suárez de Figueroa. Feria propone el himeneo a Isabel, que no dice ni que sí ni que no. Presionada, confiesa que no quiere casarse con persona que la dejara luego y viviera fuera de la isla. En realidad la astuta hija de la icteríca Bolena no quería compartir el poder con

nadie. Quería ser dueña absoluta de Inglaterra, tanto en el orden espiritual como en el temporal. Isabel, que no quiere rupturas violentas de momento, promete la amistad con España. Pero inclinándose Isabel de Inglaterra por los protestantes, perdería la alianza española. "Los negocios se han encaminado a destruir la religión totalmente..., y ciégalos tanto esta pasión que no les deja entender su flaqueza, y que si Su Majestad se quita de por medio y los dexa solos con el de Francia, se los comerá, lo cual no ha dejado de advertírseles", escribe Feria a Felipe II.

Encima de todo esto, Isabel amenaza con tomar el título de cabeza de la Iglesia anglicana. Feria, para tratar de disuadirla, solicita audiencia de la Reina, quien le habló de "que quería poner la religión como la dexó su padre". Pero ante sus instancias le aseguró: "Que el título de cabeza de la Iglesia ella no lo tomaría; pero que se sacaban cada año tantos dineros para el Papa y su Reyno, que no podía dejallo de remediar, y que los obispos eran unos grandes poltrones."

Don Gómez, todo un valiente, no olvida el honor de caballero católico y, a pesar del peligro de echarlo todo a rodar, contestó a la Reina de aquesta gallarda guisa: "Yo la repliqué que los poltrones eran los predicadores que ella oía, y que era poca reputación suya y gran vergüenza que cuantos bellacos venían de Alemania se subiesen en el púlpito delante della y de tan gran auditorio como concurría a oillos a predicar mil necesidades sin ser letrados ni dignos de que nadie les oyese."

Pero el Conde no se pudo extender mucho en su defensa del catolicismo, porque a poco avisaron a la Reina de que la mesa estaba dispuesta para la cena, "cosa nueva y a mi parecer concertada de aquellos que andan en esta maldad, porque ninguna cosa sienten tanto como que yo le hable". Pero no por ello dejó Feria de expresarle su disgusto ni de advertirle que iría a su perdición: "Despedíme de ella aquel día con decille que no era ella la Reina Elizabet que yo conocía y que iba muy mal satisfecho de lo que había oído, y que se perdería si lo hacía."

La actuación del Conde de Feria sirvió para que el Parlamento fuese más moderado en sus reformas. Pero aún cuando

el pueblo en gran parte era católico y los obispos se negaron a ello, el Parlamento votó la dependencia de la Iglesia anglicana a la Corona. Isabel, con miedo de Felipe II por su campanada, ruega a nuestro compatriota, el zafrense Figueroa, que no comunicara aún la nueva a su señor. El Embajador, harto, escribe a Felipe II de que ya es hora de sacar la espada y acabar con tanta bellaquería. Felipe, cauto, tenía otras ideas. Los informes de Feria presentaban la situación en Inglaterra como al borde de la guerra civil entre católicos y anglicanos. Era de temer que con ella se provocara la invasión francesa, amparada en los derechos de la escocesa María Estuardo.

Se proyecta invadir Inglaterra desembarcando con el mayor sigilo las tropas españolas de Flandes. A Feria se le recomienda la máxima discreción y aprovecharse de las posibles disensiones. Todo ello a fin de que, estallada la guerra civil, ninguna de las partes tuviera tiempo para llamar a los franceses antes de que Felipe II se apoderara de la isla. Pero los católicos no se levantaron por falta de jefes de valía y no hubo guerra civil.

En la Conferencia de Westminster los obispos católicos se oponen a la supresión del culto católico, que maquinaba el Ministro Cecil. Resultado: se les niega a los obispos católicos exponer sus quejas en el Parlamento y se encarcela en la Torre de Londres a los obispos de Winchester y Lincoln, principales dirigentes del catolicismo inglés. La supresión de la misa fue aprobada en la Cámara Alta por sólo tres votos de mayoría. De todas formas, el cambio religioso se produjo y a Felipe II no le cupo otro remedio, para detener a Isabel en su camino, que establecer una estrecha alianza con Francia. La paz de Cateau-Cambresis, firmada el 10 de Abril de 1559, obligó a Isabel a mostrarse más moderada. Feria transmite a su señor el miedo que la alianza franco-española había despertado en Inglaterra.

Por carta de Feria al Rey sabemos que la astuta Reina, de pétreo rostro, saltó con que "Vuestra Majestad no debía de estar tan enamorado de ella como yo le había dicho, pues no había tenido paciencia para aguardar cuatro meses".

Se negocia la boda de Isabel con el Archiduque Fernando,

apuesto, y dispuesto a seguir las indicaciones de su primo de España. Isabel abre las negociaciones a espaldas de Felipe II, pero con la intención de distraerle y halagarle con el proyecto, aunque desde luego sin pensar llevarlo a cabo. Isabel era débil en estos comienzos de su reinado y había que escapar a los posibles efectos de la alianza franco-española establecida en Cateau-Cambresis. Para acabar de complicar la cosa, Isabel coquetea también con otro Archiduque, D. Carlos, hermano de Fernando. Feria aconseja a Felipe II que case el Archiduque don Fernando con Isabel, pues apoyado por España en tan conspicuo enlace para un segundón sin fortuna, demostraría su agradecimiento, tornando Inglaterra al redil de Roma y a su política al área de influencia hispana.

Mientras tanto, Isabel seguía con su habitual política ambigua. A las instancias del Embajador español para que no persistiera en la herejía y para que concluyera de una vez su boda con el Archiduque Fernando, contestaba que no negaba su deseo de que Inglaterra guardase la confesión augustana, aunque "se pensaba salvar también como el obispo de Roma", y al propio tiempo ponía buena cara a las pláticas matrimoniales. En carta de Abril de 1559 el Conde de Feria, siempre enterado de chismes, transmite a Felipe II sus sospechas de que Isabel era una tarada y que estaba físicamente incapacitada para el matrimonio.

Sucesos políticos de otro orden iban a forzar a Felipe II a llamar al Conde de Feria, en Mayo de 1559, reemplazándole en Londres por D. Alvaro de la Quadra, Obispo de Aquila. Quedarían en pie, al marcharse el Conde de la capital inglesa, unas negociaciones de boda que no habían de ultimarse nunca. No dejó Suárez de Figueroa de conocer la política que animaba a la Reina Isabel y sus despachos están llenos de los recelos que le inspiraba. Pero no pudo convencer al "Rey Prudente" de que la Reina de Inglaterra era una pérfida hereje con la que no había nada que hacer, y por esta razón los tanteos matrimoniales prosiguieron durante la siguiente embajada del Obispo de Aquila. La última gestión del noble español para detener a Isabel en su revolución religiosa fue inútil, y por ello el Conde de Feria tuvo que informar a su señor de que

“aquella mujer era hija del diablo y la más grande hereje de la tierra” (10). Parece como si Gómez Suárez de Figueroa oteara las futuras piraterías de Drake y Raleigh contra nuestros barcos y costas. El 8 de Mayo de 1559 Felipe II ordena a su embajador que terminase su misión en la Corte isabelina, para “dar sombra a los herejes y dar a entender a los católicos que vuestra estancia ahí de tanto tiempo ha sido principalmente por el negocio de la Religión”.

En los dieciséis meses de su embajada, Feria vio bien claro el desvío que los ingleses iban sintiendo por España. Conocía muy bien a los ingleses y sus “cosas”. “Ha dicho la Reina —escribía Feria el 29 de Diciembre de 1558— que yo estoy muy informado de las cosas de este reino para dexarme estar en él, y que yo soy muy altivo, como verdadero español, que holgaría de que Vuestra Majestad enviase aquí a otro y que yo me fuese.” Cuando abandona la isla, en Mayo de 1559, deja a su mujer, la bella inglesa Juana Dormer, en Londres. Al principio la Condesa es muy visitada e incluso la Reina alaba al Conde en su presencia; pero no tardó en recibir avisos de que corría peligro.

La Condesa logró salir de Inglaterra con su abuela, no sin la oposición de la Reina, y tuvo que intervenir el propio Felipe II en carta personal a Isabel. Si no es por ello, ésta hubiera encarcelado a Juana y a su familia, a quien amenazó con la confiscación de sus bienes.

Ya fuera de Inglaterra, el Conde de Feria no pudo olvidar nunca las arteras sutilezas de Isabel. He aquí un juicio entresacado de una carta suya, escrita en Octubre de 1559, cuando aún vivía en Flandes —en Malinas—, carta que iba dirigida a D. Alvaro de la Quadra: “Quando me acuerdo la pieza que ella es y los que la gobiernan...” El Conde de Feria permaneció hasta 1560 en Flandes. Del resto de su vida, hasta el año de 1571 en que muere no poseemos demasiadas noticias. Sabemos que en Julio de 1559 era propuesto por nuestros rehenes en Francia (Alba y Eboli) como una de las personas más idóneas para la embajada de pésame a la Corte francesa por

(10) Carta de Feria al Rey. Londres, 29 de Abril de 1559.

la muerte de Enrique II. A poco de regresar a España debió retirarse a su villa de Zafra, como se desprende del tono de una carta escrita desde allá al Rey, en 1564. La carta es una simple recomendación al Rey de unos parientes, interesante a nuestro objeto por su final, que dice: "Vuestra Majestad sea muy bien venida a Castilla, y para tanto descanso suyo y de la cristiandad, como yo deseo. Quisiera ir a besar los pies de Vuestra Majestad; y porque tengo en menos mi contento que pagar mis deudas, me dexo estar en mi casa hasta tener mayor disposición para continuar al servicio de Vuestra Majestad, cuya católica persona Dios guarde."

Feria, liberal y dadivoso, gastó muchísimo durante su embajada. La casa de Feria tenía una renta aproximada de cien mil escudos anuales, y a pesar de eso el Conde sufre un duro quebranto en su peculio. Entonces la política costaba dinero. Se trataba de servir al Rey, a la Corona, no de servirse del Rey, de la Corona, del Estado, como ocurre tanto modernamente.

En 1567 el Rey le crea Duque de Feria. La grandeza ya la tenía, pues según Salazar y Castro, los Reyes Católicos, al segundo Conde de Feria, le llamaban en las cartas "primo", tratamiento que sólo se daba a los grandes de Castilla.

A poco, en 1568, debe realizar el I Duque de Feria una penosa misión: Feria fue uno de los que entraron en la habitación del Príncipe D. Carlos, procediendo a su detención; este hecho nos indica claramente el grado de confianza que Felipe II tenía depositado en él. En aquel mismo año de 1568 encontramos a Feria en Lisboa. Debía realizar allí una delicada labor: conseguir la avenencia de los miembros de la familia real portuguesa, que se hallaban en discordia. Para lograrlo movió hábilmente el Duque a los padres jesuitas, con los que siempre estuvo en óptimas relaciones; otro de sus auxiliares en aquella tarea fue fray Luis de Granada. Tuvo fortuna, debiéndosela en no poco grado Feria al tacto de la Princesa Juana (11).

No dejó el Rey de recompensar debidamente a tan buen vasallo. Ya se ha señalado la concesión del Ducado; en el mis-

(11) Archivo General de Simancas. Estado, 150, 122.

mo año obtuvo Feria la merced de 30.000 escudos y una pensión vitalicia de 6.000 para cada uno de sus hijos. Poco después, el 7 de Septiembre de 1571, moría Feria, al filo de la media noche, en San Lorenzo del Escorial. Por algún tiempo su cuerpo fue depositado en el Monasterio de San Jerónimo de Guisando; de allí fue trasladado al de Santa Clara, de Zafra, su villa natal, donde estaban sepultados sus mayores. La línea directa de la casa ducal fundada por él duró poco, extinguiéndose en el siglo siguiente, a la muerte de su bisnieto, el IV Duque de Feria, en 1637. Pero los Figueroa cooperaron al brillo y pujanza de nuestro imperio como pocos apellidos de España supieron hacer.

De su enlace con lady Jane fue fruto: Don Lorenzo Suárez de Figueroa y Dormer, nacido en Badajoz en 1560, II Duque de Feria. En 1572 vistió el hábito de la Orden de Santiago, de la que fue caballero y Trece Comendador de Segura. Don Lorenzo, desde los primeros años, fue confiado a la custodia de su sabio tío y homónimo D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdoba, Obispo de Sigüenza, ya que su padre, obligado por sus altos cargos diplomáticos y siempre viajando, no podía encargarse de su educación, que quería fuera cristiana y española. Prudentes consejos debió de darle el Obispo de Sigüenza, ya que alcanzó los más elevados puestos, desempeñándolos con caballerosidad y próspera fortuna. Bien pronto comenzó Felipe II a premiar al futuro II Duque, otorgándole en vida de su padre D. Gómez el título de Marqués de Villalba el 28 de Septiembre de 1567, sobre este antiguo señorío de Villalba de los Barros, que desde tiempos del Maestre de Santiago, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, venían poseyendo sus mayores.

Ya de joven, D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Dormer demostró su pericia diplomática en delicadas misiones. El monarca Felipe II, confiando en las tradicionales dotes diplomáticas de los de este linaje, nombróle Embajador en la Corte de Francia y cerca de la Santa Sede. Más tarde, como Virrey de Cataluña y Sicilia, siguió dando pruebas de su despejo. Fue generoso mecenas protector de escritores y artistas. Durante su virreinato en Sicilia, erigió en Palermo soberbias construcciones, una de ellas la "Porta Felice-Feria", que aún se con-

serva. Murió en 1607. De su matrimonio con doña Isabel de Mendoza, de la casa del Infantado, nació el III Duque de Feria, don Gómez Suárez de Figueroa y Mendoza, nacido en el palacio ducal del Infantado, de Guadalajara, en 1587. Poseyó los títulos de Duque de Feria, Marqués de Villalba y Conde de Zafra, título este último concedido a su padre sobre la hermosa villa extremeña, hoy ciudad, señorío ancestral de los de su progenie. Su hermano, D. Lorenzo Suárez de Figueroa Mendoza, fue Virrey de Valencia y Nápoles, no dejando descendencia.

El III Duque de Feria siguió la tradición de su familia y fue Embajador en Roma. En 1610 Felipe III le envía a París con objeto de dar el real pésame por la muerte de Enrique IV de Francia, asesinado aquel año, encargándose de negociar las "bodas españolas", o sea, la del Príncipe de Asturias (luego Felipe IV) con Isabel de Borbón (hija de Enrique IV de Francia), y la de Luis XIII con Ana de Austria, hija de Felipe III. Vemos que el espinoso cargo de regio casamentero sigue en los caballeros de la casa de Feria, y con feliz suceso, pues las llamadas "bodas españolas" entibiaron la tradicional fricción entre el "Rey Católico" y el "Rey Cristianísimo".

El monarca hispano prosiguió otorgándole su deferencia nombrándole Embajador Virrey y Capitán General del Reino de Valencia, y más tarde Gobernador de Milán. En este último Ducado se distinguió por su celo en proteger a los católicos de la Valtelina, cruelmente perseguidos por los protestantes grisonos, a los cuales expulsó del territorio. Casó con su sobrina doña Ana Fernández de Córdoba Figueroa, hija de Alfonso Fernández de Córdoba Figueroa, "El Mudo", V Marqués de Priego, y de doña Juana Enríquez de Ribera. En 1609 se cruzó en la Orden de Santiago. En el Museo del Prado, de Madrid, se hallan dos grandes cuadros uno que representa la toma de Breisach por el III Duque de Feria, D. Gómez, durante la Guerra de los Treinta Años, en 1633, y otro representando la plaza de Constanza socorrida y liberada por el General D. Gómez Suárez de Figueroa, III Duque de Feria. Falleció en 1634, dejando un hijo único: Lorenzo. Gaspar, que murió a los tres años de edad, llegando a ostentar los títulos de IV

Duque de Feria, III Marqués de Villalba y de Villafranca. Al morir, por supuesto sin descendencia D. Lorenzo Gaspar, pasaron la casa y estado de Feria a su abuelo materno, D. Alfonso Fernández de Córdoba Figueroa, "El Mudo", bisnieto por línea recta de varón de D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Toledo, III Conde de Feria, y doña Catalina Fernández de Córdoba, padres del V Conde y I Duque de Feria, en 1567, D. Gómez, el Embajador en Inglaterra, nuestro amigo.

A partir del V Duque, D. Alfonso, los siguientes titulares del Ducado de Feria usaron el apellido Fernández de Córdoba-Figueroa, incorporándose más tarde la casa de Medinaceli a la de Feria por el matrimonio de Luis VII, Duque de Feria, con Feliche María de la Cerda, hermana del IX Duque de Medinaceli, siendo el hijo de ambos, Nicolás Fernández de Córdoba-Figueroa de la Cerda, IX Duque de Feria y X Duque de Medinaceli. De D. Nicolás en adelante sus sucesores postergan el título de Feria, que era el de su varonía, para usar el de Medinaceli, que como hemos visto fue incorporado por matrimonio. Hoy es XX Duque de Feria, Marqués de Villalba, don Rafael de Medina y Fernández de Córdoba-Figueroa, por cesión de su madre, la XIX Duquesa, doña María Victoria Fernández de Córdoba - Figueroa y Fernández de Henestrosa, XVIII Duquesa de Medinaceli.

El extremeño Ducado de Feria pasó a ser eclipsado por el Ducado de Medinaceli; quedó así, pues, convertido en un título sin vida que unos y otros fueron cogiendo. Sólo las cinco hojas de higuera están ahí en piedra de granito, para no borrarse nunca, como testigo sin habla que cuenta toda una historia multiseccular y gloriosa.

"Las cinco verdes hojas de higuera en el escudo de oro bien pintado que así a los suyos de la edad primera los Condes de Trastámara han dexado: son las armas de los que en tal manera, de Figueroa como ellas se han llamado, los que traen estas hojas por sus gentes son caballeros claros y excelentes."

ALFONSO DE FIGUEROA Y MELGAR.
Duque de Tovar.